



POLÍTICA



POLÍTICOS EXTRANJERIZADOS

La conmemoración de los excepcionales acontecimientos desarrollados en Jerusalén hace veinte siglos arroja un velo sobre las pequeñeces de las luchas de partido y hace que, siquiera durante una semana, la Semana Santa por antonomasia, se consideren los hombres como "hermanos", hijos de un padre común que con su caída les acarreo la desgracia y redimidos por igual con el sacrificio de la Cruz. Pues, disensiones ha de haber, queden para otra ocasión, y entréguense los políticos durante estos días, más aún que el resto de los mortales, a la consideración de las espantosas consecuencias a donde puede llevar a un pueblo el espíritu partidista, obcecado por la pasión del odio o juguete de la ambición y del miedo personal. No persigue con sus trabajos el bienestar de la comunidad, ni se propone como fin de su actuación en los asuntos de gobierno, el progreso verdadero y el engrandecimiento de su país, antes al contrario, muy capaz será hacer traición a los más sagrados intereses de la Patria, como queda oculta la felonía y sa'ga él beneficiado de tan villano proceder.

Compatriota era el Nazareno de los Fariseos y Doctores de la Ley, aun humanamente habi'ando constituía una gloria nacional la sabiduría y bondad ilimitadas de aquel Judío, pudo habérselos ocurrido servirse de su prestigio y taumaturgia para obtener la liberación del yugo romano, pero, como su independencia irreductible venía a ser un peligro evidente para la conducta hipócrita y desenuelta de los cabecillas del pueblo, juraron deshacerse de aquel predicador infatigable de la verdad, amigo de los pecadores públicos y de los publicanos, y desenmascarador de quienes arrojaban sobre la muchedumbre ignara todo el peso de la Ley. Preciábanse de trabajar por el triunfo y glorificación de su raza, y llevaron al cabo la mayor injusticia que registra la historia, por arrancar a

vida al hombre más grande de su nación. No se les caía de los labios el nombre del Mesías, anunciado con sorprendente variedad de matices por los Profetas de Israel, y no paran hasta colgar de un palo a quien asegura solemnemente serlo, demostrando su afirmación con una pedrea de milagros y portentos, confirmantes de su misión.

Es más. Ha sido proverbial en todas las edades el amor del judío a su tierra natal y su aborrecimiento al yugo del extranjero, de quien los separaba la lengua, la raza y la religión. Una sola de las tres basta a las veces para impedir el cumplimiento definitivo de los ideales del usurpador, y las tres juntas fueron insuficientes para evitar la ruina nacional del pueblo de Dios. A tal grado de abyección habían llegado los llamados a mantener vivo el fuego sacro del patriotismo, que lamían sumisamente las cadenas del dominador, mientras entonaban los himnos del ritual al templo santo y salmodiaban por rutina los lamentos sentidos de! Rey-Profeta por la pérdida de Sión. En la época de Jesús apenas conservaban los judíos un recuerdo borroso de sus pasadas grandezas, y de tal suerte se había el romano enseñoreado de la Judea, que ni eran libres sus moradores para cumplir oportunamente las disposiciones legales, muchas de las cuales llegaron a ser letra muerta, por exigencias del nuevo legislador.

Tan cegados les tenía la evidencia a los Fariseos, Escribas y Doctores de la Ley, que por salirse con la suya y conseguir a tuertas o a derechas la desaparición del Galileo, cuya predicación desenfadada les humillaba, se rebajaran a llamar a las puertas del Pretor romano para mendigar de él una sentencia de muerte, ya que ellos, desde el advenimiento de la dominación extranjera, quedaron privados del derecho de castigar a nadie con la pena capital, a menos de ob-

tener la sanción del gobernador. Y tan notable era el rebajamiento moral de los directores de aquel pueblo esclavizado, que cuando el Representante del César les dijo, por no inmiscuirse en semejante pleito: "Castigadle vosotros mismos", confesaron sin rubor su dependencia nacional, respondiendo: "A nosotros no nos está permitido matar". Lo cual equivalía llanamente a un público reconocimiento de la autoridad del invasor, conducta incomprensible en quienes periódicamente conmemoraban el cautiverio de sus antepasados, gimoteando por largo espacio de tiempo, de cara a los muros de Jerusalén. ¡Y no caían en la cuenta de hallarse ellos mismos sujetos a una más apretada dominación.

Mas, puesto en la pendiente de las concesiones, rarísima vez se detienen los débiles antes de haber llegado al fondo de la humillación. El género de muerte tradicional entre los judíos era la lapidación. Si, como los acusadores del Justo aseguraban, había blasfemado, debieron de haberle apedreado, a la manera que hicieron siempre con todos aquellos que incurrieron en la pena capital. Mas, cuando se trata de satisfacer ambiciones personales, capaz es el ambicioso de pisotear los derechos más inviolables de su Patria y aún de acudir al trono mismo del usurpador, subiéndole de rodillas las gradas del solío y besando cfusivamente las manos del carcelero de la nación. Y Jesús, judío de origen, a quien condenan sus mismos compatriotas sin las formalidades judiciales y que, de ser acreedor a la pena de muerte, debió morir apedreado, muere en una Cruz, pena extranjera, pena introducida por los gentiles, enemigos del pueblo de Dios. ¡Todo es abdicar del espíritu nacional! Le acusan sus paisanos de rebeldía al "extranjero", acuden a un "extranjero" para alcanzar de él sentencia de muerte y consienten y piden a gritos que se le-

ejecute según la costumbre "extranjera", opuesta a las leyes del país.

¡Políticos! Nos satisfaría ver estos días entregados a profunda meditación, considerando los extremos a donde arrastra a los cubecillas de un pueblo el espíritu partidista, para que jamás os apartéis del camino por el cual podáis conducir al pueblo Filipino a las cimas de su Independencia, donde le sea dado respirar a pulmón abierto las auras de Libertad.

EL FIGARO.



Conforme habíamos anunciado, el Domingo de Ramos fué la comunión

pascual de los Caballeros de Colón en la iglesia parroquial de Quiapo, concurren al hermoso acto más de cien miembros de la benemérita Orden colombiana. La comunión la recibieron los Caballeros de manos del Ilmo. Sr. Arzobispo Msr. O'Doherty.

El martes hubo iniciación de segundo grado, y el miércoles de tercero. Fue muy crecido el número de los iniciados, entre los cuales había distinguidos doctores, afamado abogados, conocidos comerciantes y periodistas.

UN KNIGHT.

EN LA PLAYA EVOCACIONES

Aquí estoy, junto al mar, en esta hora de calma silenciosa, mística, de encantos llena; cuando muere el día en el último desmayo del sol. Sentado en esta piedra, que mis amigas las olas acarician, apenas si acierto a coordinar una idea.

La Semana Santa, con sus misterios, con su gravedad, con sus recuerdos, unge mi alma de religiosa tristeza, y hace revivir en mi días que fueron, y que no habrán de volver. Y el corazón, y el alma, y todo mi ser los tengo fijos en las penumbras del pasado; ¡de un pasado que fué abundante en purísimas alegrías, como fecundo después en dolores! Y al paladear, con realísima actualidad, esos años que no puedo olvidar, siento bañado mi corazón de dulce melancolía; cual si lo cubriese esa vagoresca neblina, que desde aquí estoy viendo alzarse en el lejano horizonte. Y el mar callado, las mansas olas, la luna triste, la blanda brisa, la quietud, el silencio, la soledad, todo, todo parece estar agobiado bajo la pesadumbre del dolor, en estas horas crepusculares de las tardes de Semana Santa.

¡El Monumento, las Siete Palabras, el Santo Entierro, la Soledad de María...! Nombres y misterios sacrosantos, rociados con las unciones del mayor amor y del mayor dolor! Este año, como el pasado, como el anterior, visito los templos, sembrados de amarillas y lacrimosas velas, entulados, semioscuros; por entre cuyas sombras siento el aleteo del Ángel de Getsemaní y me parece percibir los últimos suspiros, de aflicción suprema, del Rey divino del Calvario, agonizante en la tenebrosa hora sexta de Viernes Santo. En otros tiempos, ya lejanos, los visitaba también pero no solo, como ahora, sino en compañía de mis dulces, de mis adoras, de mis angelicales herma-

nas, ¡de Carmencita, de Concha! E ibamos los tres con nuestra buena, santa e idolatrada madre; ¡de mi madre, que lloró muchas, muchísimas lágrimas; y vió desaparecer, una tras otra, del nido del hogar, aquellas dos avocillas que tanto lo alegraban ¡Carmencita, Concha! a quienes la muerte atrevida, despiadada, cruel, arrancó de nuestro nido; sin compadecerse de aquellos ángeles inocentes, purísimos, de inmaculadas alburas.

Este recuerdo de aquellos Jueves y Viernes Santos lo llevo siempre conmigo, pegado, adherido a mi alma. Y estoy viendo aquí, a mi lado, en esta hora de oscuridad y de silencio, a las dos, a Carmencita, a Concha; que poco antes de ir a visitar las iglesias, usaban a mí, vestidas ya con sus trajecitos negros, con su librito de canto dorado en la mano, que recitaba el diminuto rosario de nácar. Y con sonrisa de arroyuelo, con vocexillas de cascabel, me pedían, me exigían, que pasase revista a sus cuerpecitos; para ver si estaba bien la lazada de la sedosa cinta, prendida a sus cabellos de angel; y si crecían con gracia los pliegues del velo que cubría sus cabecitas vírgenes. Y las dos pagaban mi examen con un beso tierno, suavísimo, de cielo; que casi me hacía enfermar de felicidad por tanto amor como depositaban en mi rostro sus coralinos labios.

Juntos, calladitos, devotos, marchábamos a la Iglesia; y al lado de nuestra madre arrodillada, caíamos los tres de rodillas, unidos, pegados a ella, aprisionados a su falda; porque nos sobrepegaba la oscuridad del templo entulado, sumido en sombras. Y con ojos muy abiertos mirábamos al Nazareno, que allí estaba, a un lado de la Iglesia, con su túnica morada, con la soga al cuello, doblada la rodilla por la pesadumbre de la Cruz, semiabierto la boca, con el rostro y los

ojos tintos en sangre, que a hilos caía de su frente herida por las espinas. Nuestra madre primero, y nosotros después, nos acercábamos, comprimido el pecho de lastimosa compasión, para besar el pie sagrado, taladrado, deshecho por el clavo cruel con que lo traspasaron los hombres ingratos.

¡Ibamos después a la Capilla de la Soledad, la Capilla favorita de nuestra madre. ¡Cuánta compasión y lástima nos causaba aquella Virgen Dolorosa, vestida de luto, y más entulado el corazón rasgado por siete espadas! con aquel rostro de profundo dolor, de amargura intensa; y aquellos ojos de tierna Madre, nublados, oscurecidos por todos los sufrimientos; de los que resbalaba una gruesa lágrima, quemante, abrasadora ¡la última! porque los hombres sus hijos le habían hecho derramarlas todas.

Yo no sé qué oración brotó de nuestros labios de niños. Recuerdo que rezábamos a la Dolorosa para que nuestra madre no llorase, no se viese como Ella. Y se lo pedíamos así, porque en aquel Viernes Santo, a los pies de la Soledad, yo vi llorar a mi madre, sin comprender la causa de sus lágrimas. ¡Pronto lo supe! Con esas intuiciones que tiene el corazón de las madres, que jamás se engaña, presentía ya que aquellos dos angelitos, Carmencita y Concha, volarían al cielo antes de un año; porque aquel

Viernes Santo fue el último que conocieron; y que pronto, ¡demasiado pronto por desgracia! las habría de seguir ella, dejándome solo, completamente solo; con estos recuerdos que yo les ofrezco en este día cual sagrado incienso en el altar de mi corazón. La parca tan cruel e inexorable con las tres, no quiso ser compasiva conmigo. Dios lo dispuso así; bendito sea.